



MEMORIZANDO COSAS DEL PASADO

Recordando las fuentes públicas de agua en Cieza

Dichas fuentes fueron instaladas por nuestro Ayuntamiento para que los vecinos de Cieza pudieran abastecerse para beber y cocinar. Las fechas no las sé, pero yo, nacido en el 1923, desde que tuve uso de razón, las conocí en la parte antigua del pueblo, y a continuación cito el lugar exacto: (1) Cuesta del Río; (2) Placeta hacia el Muro; (3) Calle Bailén; (4) Bajada Hospital de San Pedro; (5) Calle Cabezo; (6) Calle Morericas; (7) Cuesta Cosme; (8) Final del Paseo de Marín Barnuevo; (9) Balsa de Zaráche; (10) Pilar en Calle la Puerta de Madrid (Foto 1).

En los veranos, en éstas se formaban apretadas colas de cántaros y botijos, y a veces había peleas de mujeres. También, cuando se trastornaba algún grifo o se rompía, tenían que llamar al Tío Madruga, empleado del Ayuntamiento, supervisor de las aguas (fuentes).

Mi padre, nacido en el 1874, contaba que anterior a dichas fuentes, los habitantes de la villa de Cieza tenían que abastecerse de agua de nuestro río, y debido a esto surgieron hombres que con su bestia subía de ésta a ciertas casas que la pedían, incluso a casas de señores. Y debido a esto también surgió la idea de la construcción de pozos en varias casas de la parte Este del pueblo, como en la calle Espartero, casa de mi familia, y otras de la vecindad. Y el más conocido, en la calle Padre Salmerón, nº 1, que vivía mi abuela paterna Antonia Cano Carrillo, en compañía de su hija Manuela, donde actualmente hay una tienda.

Estos hombres, en este caso, aguadores, al parecer cobraban dos céntimos por cántaro de agua, que la depositaban en limpias tinajas, que tenían la mayoría de las casas en bodegas o bajo las escaleras. Y cómo anécdota, en la casa en que vivo, cuando la compré había dos tinajas en el hueco de la escalera que serían utilizadas en aquellos tiempos. Según datos catastrales en mi poder la construcción de dicha casa data del 1908.



Foto 1. Fuente del Camino de Madrid recientemente remodelada

Estos aguadores, mencionados por sobrenombres, tales como “Parrucho”, “Tío Pelillos” y “Cano”. Este último tuvo la genial idea de construir un pozo o aljibe en el paraje del Arenal, a distancia prudencial del río, y de esta forma siempre obtenía agua limpia y clara, de manera que su pequeña empresa no fracasaba, mientras que sus compañeros cuando venía el agua turbia por avenidas no la podían servir; pero nuestro vecino Cano cada día adquiría más parroquianos; a la gente le gustaba aquella agua filtrada por naturaleza, sin contaminación alguna, que daba la fama de dicho aljibe, nuestro hombre, ya con su burro, no podía abastecer a tantos que preferían su agua.

Entonces con el mayor esfuerzo y sus pobres ahorros, compró un carro viejo a un huertano, al que le instaló una limpia cuba de madera, y, ¡hala!, agua para todos (Foto 2).

Cano siguió muchos años en este servicio, hasta que nuestro Ayuntamiento instaló la red de aguas potables en todo el pueblo; y ya se acabaron los aguadores, y dicho aljibe de Cano quedó abandonado. Pero al comienzo de nuestra posguerra, el dueño de la finca lindante, dirección al río, para agrandar ésta “empujó” tanto que sobrepasó el pobre aljibe y



**Foto 2. "Aguador" en la Plaza San Bartolomé en 1924.
Foto publicada en Cieza, cien años en imágenes Vol.I , VVAA.**

todo nuestro Arenal, que como puede verse, queda una estrecha carretera; y el aljibe, en la llamada "Riada del Obispo", año 1945, quedó sepultado en dicha finca con una buena capa de arena. Que en paz descanse.

Ya lo dice el refrán: mientras haya quien dé, no faltará quien tome.

Parte de esto me lo contó nuestro paisano y buen hortelano, como lo era Pepe Raya, que él sabía dónde se hallaba dicho pozo, porque allí cultivaba hortalizas y buenos tomates.

Y como homenaje a aquellos aguadores, cito a dos más que estuvieron en nuestra posguerra suministrando agua al paraje de Los Casones, cada uno con su bestia, uno era Gabriel Losa, el protagonista de este relato, ya fallecido; y el otro un tal Pachorro. Gabriel me contó que cobraba a peseta el cántaro, cuatro pesetas la carga, pero si su cliente era muy pobre le cobraba tres pesetas. Pero dicha agua ya no era del río, sino potable.

Joaquín Gómez Camacho
"Guillermo del Madroñal"